

Libardo Acelas Mejía

# EL ÚLTIMO GOL



Bucaramanga

2006

**PRIMERA EDICIÓN**

Abril de 2006

**DIAGRAMACIÓN, IMPRESIÓN  
Y ENCUADERNACIÓN**

**(Sic) Editorial**

Proyecto Cultural de Sistemas y Computadores S.A.

Centro Empresarial Chicamocha Of. 303 Sur

Tel: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869

Bucaramanga - Colombia

E-mail: siceditorial@syc.com.co

ISBN: 958-708-201-X

Prohibida la reproducción parcial  
o total de esta obra, por cualquier medio, sin autorización  
escrita del autor

Impreso en Colombia

## Dedicatoria

A mi espléndida compañera  
de viaje vital, Sonia.

A los prolongadores de nuestro viaje,  
Omar Libardo, Sonia Esperanza, Sergio  
Fernando y Mauricio,

A tres angelitos: Camilo Eduardo, Omar  
David y Sergio Alejandro maravillosas  
evidencias de la existencia de Dios.

Al amor, Estrella Polar de nuestro itinerario.

A Marco Antonio y Rosa María,  
autores del autor



## Índice

DE DIENTES PARA ADENTRO .....	9
EL CANDIDATO .....	11
HISTORIA DE UN CUENTO IMPOSIBLE .....	15
EL ÚLTIMO GOL .....	23
LA CIENCIA, SU METODO Y... ..	33
REGRESO DE LA NADA .....	41
RETROSPECCIÓN .....	47
MICROCuentos	
AFTER PARTY .....	53
BALADA .....	53
LA INEFABLE HISTORIA DE UNA COMETA ABANDONADA .....	54
NOCHE LÍQUIDA .....	54



## DE DIENTES PARA ADENTRO (Tango)

Errante, difuso, confundido con el humo,  
la calima, los olores a fritanga y sudor  
urbano camina Ariosto el vagabundo.  
Sabe que marcha hacia adelante porque  
atrás queda el desprecio de la gente,  
aunque hace rato dejó de ver rostros y  
cuerpos, ahora solo ve sombras que se  
mueven sin rumbo, locas, alienadas.  
Sombras candorosas persiguiendo a otras  
sombras.

Se detiene frente a una vitrina para  
verificar su aspecto. Debe cuidar su  
desgreño y suciedad para no perder su  
carácter, mas no ve nada reflejado. Mueve  
la cabeza, agita los brazos, salta,  
inútilmente. No existe. No lo entiende.  
Ayer contempló en ese mismo vidrio su  
mirada de loco hambriento ¿Ayer? ¿O fue  
el mes pasado o hace un año? Qué más  
da. Lo cierto es que hoy imaldita sea! hoy,  
cualquiera que sea la fecha, ya no existe.  
No va más como dice un locutor de  
deportes. Otro loco con licencia, claro, y

bien remunerado. El problema de Ariosto consiste en que se volvió loco sin pedir permiso y eso no lo perdona nadie. Se necesita una autorización para todo: para hablar, reír, subir, bajar, avanzar, detenerse y desde luego, y con mayor razón, para volverse loco. Loco desautorizado, loco anatemizado, pobre loco.

Bueno, suspiró. Echó una última mirada al espejo improvisado y se marchó resignado y tranquilo pensando que como quiera que no existía, los mordiscos que estaba sintiendo en el lugar donde alguna vez tuviera el estómago, tampoco existían.

## EL CANDIDATO

De pronto se escuchó en todo el recinto de la plaza de mercado un gran estruendo provocado por una banda de músicos de esas que llaman papayera. El ensordecedor ruido chocaba contra las paredes y se metía por entre los oídos de las personas que en ese momento llenaban el recinto, estrellándose después contra sus cerebros. Todo el mundo mostró su descontento y se preguntó quién sería el bruto responsable de esa algarabía. Alguien manifestó que era un candidato a alcalde y muchos pensamos que se trataba del aspirante de algún pueblo costeño que se había desplazado a conquistar votos cachacos. Pero no era así. Aparecieron los músicos muy serios, muy majos y muy tiesos, seriedad que contrastaba con la alegría del son interpretado. Llegué a imaginar que los instrumentos eran de mentira y la música provenía de una grabadora. En ese momento me fijé en uno de ellos, cuyos ojos luchaban por mantenerse en sus órbitas y cuyas

mejillas hinchadas brillaban y parecían a punto de estallar debido al esfuerzo que le significaba sacarle el do re mi fa sol la si y los bemoles a su trompeta.

Detrás del ruido, con aire displicente, distante y solemne, marchaba el candidato. Vestía una guayabera amarilla, llena de pava, imagino, como dice Gabo que están las prendas de ese color. Pava, que de salir electo, seguramente caiga sobre sus sufridos gobernados. Marchaba orondo, rígido, la barbilla levantada desafiante, movía la cabeza de lado a lado y esbozaba una especie de sonrisa como de Monalisa. Lo miré y no pude corresponder su gesto con uno mío porque el fugaz cruce de miradas no me dio tiempo a descifrar si reía o qué.

El ruido, la solemnidad de los músicos – aún no sé por qué lucían tan tristes si la melodía era alegre– y la estolidez del candidato se alejaron, dejando en el ambiente el ronroneo de nuestros murmullos de desaprobación y la certeza de que ese candidato no era ni de aquí ni de la costa. Tal vez fuera de algún pueblito de Nariño y la papayera no sea tal sino una chirimía tropical. O, tal vez, toda la

escena corresponda a una alucinación provocada por los elevados precios de los víveres.



## HISTORIA DE UN CUENTO IMPOSIBLE

Alberto daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Necesitaba escribir un cuento para dentro de dos días y su mente había quedado en blanco. Su imaginación era un desierto de arenas quietas, de dunas uniformes. Cuando estaba boca arriba contemplaba el cielo raso de la habitación y sus piezas uniformes de madera solo le recordaban su desierto interior. Giró el cuerpo una vez más y sus ojos se tropezaron con el tablero blanco del reloj despertador. Su tic tac le recordó el de una bomba de tiempo que inexorablemente estallaría en su cara de no encontrar una historia. Le dio la espalda al reloj como si de esa manera desarmara la bomba y se dijo: si no puedo crear algo al menos intentaré dormir. Esfuerzo inútil. Deseó que hubiese un expendio de sueños como las licoreras, así saldría a comprar un sueño y lo llevaría a su cama. ¡Claro! Gritó mentalmente; en un solo movimiento quedó sentado en la